

LO QUE HAY DETRAS DE LA AMNISTIA

Después de leer el editorial de "El País" y su alusión al abrazo de Vergara, debo aclarar que dicho abrazo no tiene en la Historia el sentido que se le da. De la misma manera que Versalles estableció las condiciones indispensables para la inevitabilidad de la Segunda Guerra Mundial, el abrazo de Vergara, abrazo entre hermanos, no supuso el final de la guerra entre el absolutismo liberal y la conciencia foralista del pueblo, sino una mera tregua. El abrazo de Vergara fue motivado al margen del signo profundo de la disputa y con independencia de los intereses objetivos del pueblo español. Fue una solución extraña, extravagante y teatral, que no resolvía nada, no concordaba voluntades y mucho menos reconciliaba otra cosa que no fueran apetitos de conservación de unos pocos. Será mejor que los exégetas de esta nueva y demencial amnistía busquen ejemplos más apropiados a la mercancía que pretenden maturar, con tan gran descaro. Un estudioso imparcial de la historia española moderna descubrirá que existe un explícito encadenamiento entre las guerras internas (la llamada de Independencia también lo fue) de los últimos tres siglos. Cada una de esas guerras es en realidad una prolongada batalla de una guerra inacabable y, por desgracia, todavía inacabada, entre la conciencia nacional surgida de ocho siglos del frontierismo, consolidada en el nuevo frontierismo transatlántico, y las ideas absolutistas surgidas de la burguesía europea, desde la reforma al marxismo. Es el trasfondo de determinados fenómenos, en apariencia incongruentes, como la rebelión patética de cenetistas y socialistas nacionales contra la prepotencia comunista y sus aliados del elitismo radical y separatista.

A esta explicación sumaría de un proceso extraordinariamente sugestivo, susceptible de un apasionante seguimiento literario, añadiré como complemento un trozo del diálogo sostenido días atrás con un viejo conocido, al que llamaré Percy O'Brien. Podría asignarle cualquiera de las tres identidades que le he conocido. Pero será más correcto tomar la iniciativa de ampararle bajo un cuarto bautismo. Conocí a Percy en Santiago de Chile, en las vísperas electorales del triunfo de Frei o, si se quiere, de la estratégica autoderrota de Allende, desde la que pretendía asegurarse la mayoría en las siguientes. Luego, he vuelto a encontrarle en Roma, en Atenas, en París y en Madrid. Unas veces era periodista y otras no. Esta última tampoco.

Habíamos del proceso español, desconcertante incluso para él. Se me quedó mirando amistosamente y me aconsejó: —Vete a Brasil. Allí hay futuro incluso para los maduros con imaginación y espíritu de trabajo. Y no es presumible una guerra civil.

Después de varios minutos de discusión muy viva, Percy me largó un discurso irritado:

—Pese a toda la historia que tenéis encima, los españoles parecéis estúpidos o recién nacidos. Vais derechos a una guerra civil, porque a nadie con dos dedos de frente se le ocurre la reconciliación política antes de que hayan muerto todos los supervivientes de la guerra anterior, incluidos los hijos de los combatientes. Si los yanquis hubiéramos hecho lo mismo que vosotros, a estas horas los Estados Unidos, que también somos frontierizos como vosotros, estaríamos peleándonos como imbéciles y el Imperio Ruso no tendría contradictor. Porque Rusia sería hoy imperio con revolución roja o sin ella; por puro imperativo geopolítico. Los yanquis supimos hacer bien las cosas y ni un sudista pudo ser nada a ningún nivel. Tampoco los traidores. Sólo los yanquis. Cuando los del sur se integraron en el quehacer político común, todas las memorias vivas de la guerra estaban ya enterradas y el sudismo era, como ahora, una pura reminiscencia romántica para utilización de escritores y para servicio de la moda. Las guerras civiles sólo se terminan cuando todo el pueblo es ya heredero y los protagonistas fueron finalmente a la tumba con sus recuerdos y el epitafio que les asignó la Historia: vencedores unos y vencidos los otros. Desgraciadamente sólo se reconcilian los que no tienen memoria.

Las falsas reconciliaciones políticas, por prematuras, engendran necesariamente revanchismos. Y el revanchismo crea nuevas víctimas, que un día exigirán a su vez revancha. Los herederos de Franco debieron hacer como nosotros los yanquis: integración en el trabajo, pero no en la política. Las victorias, para ser perdurables y concluir en estabilidad, se comparten en sus frutos, pero nunca en su administración. Es la única manera seria de que lo sean para todos y para siempre. En vez de eso, vuestros políticos han querido congraciarse con el mundo democrático, sin darse cuenta que al mundo democrático le convenía el franquismo, sobre todo después de la catástrofe de Portugal; pero debía alimentar la neola voracidad retórica de sus intelectuales con declaraciones en contrario. Vuestros políticos han sido cualquier cosa menos políticos. Han creído lo que decían los periódicos, se han sentido otra vez deslumbrados por Francia, se han puesto en la estela de Giscard y se han cargado España, cabreando además a los managemen de las democracias occidentales. Incapaces para seguir jugando como Franco, vuestras propias cartas, entre ellas la de ser el aparente escándalo para las democracias, vuestros políticos os han metido por completo entre el rodillo yanqui y el rodillo ruso. Tendréis la guerra civil que os habéis buscado y volveréis a ser cobayas. A menos que...

—¿Qué?

—Nada. También los ingleses necesitan un Churchill y no lo tienen.

—¿Un hombre providencial, que amenaza Carrillo?

—Un político, por lo menos, capaz de meteros en una guerra exterior, la que sea, que podáis ganar, en vez de una para perder como la que os preparan el giscardismo y los marxistas. Una guerra que os una a todos y de la que todos seáis vencedores, antes de que estéis de nuevo en el 36. Una guerra que incluso ponga al mundo al borde del abismo. De paso, haríais a la humanidad un gran servicio. También a la paz.

—Pero la amnistía está ahí. Y no sólo la amnistía...

—La amnistía es el pórtico de la catástrofe. Además, lo que se propone no es una amnistía, pues afectará objetivamente a muy pocos y de muy recientes delitos, sino un decreto-ley de liquidación del franquismo y de la victoria por la vía rápida de la más burda humillación histórica. Si yo fuera español, la impediría a toda costa. Pero soy yanqui.

A los parlamentarios de UCD, cuya inmensa mayoría juraron lo que juraron, y repetidamente no pocos, les ofrezco para meditación las reflexiones de Percy O'Brien. Conviene que cuando voten, sepan lo que votan. Y las consecuencias de la disciplina del voto.